LILY DEL PILAR

Still with us

CROSS BOOKS

Lily Del Pilar

Still with us

CROSS BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Lily Ibarra, 2023
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-08-27639-5
Depósito legal: B. 13.266-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

El primer cuento infantil que Lee Minki escuchó de su abuela paterna trataba sobre los monstruos que se escondían debajo de su cama. El último que le contó, antes de morir producto de un cáncer que se extendió por meses, fue sobre los monstruos del laboratorio.

—Son una aberración —le aseguró con una voz que se apagaba en instantes—. Son unos monstruos.

Lo que su abuela desconocía ese día era que su propio hijo iba a convertirse en uno.

Pero su nieto sería el peor de todos.

2

Un 5 de octubre ocurrió el primer secuestro. Si bien se había pronosticado una jornada soleada y calurosa, durante el día el cielo de Daegu permaneció cubierto por nubarrones grises. Cuando Lee Minki estacionó a un costado de la calle para comenzar con la inspección, notó las gotas de lluvia golpeando con irregularidad las ventanas de la patrulla. No podía escucharlas debido a la música, su compañero de rondas últimamente tenía la costumbre de poner la canción «Bad Boys» de Inner Circle cuando se dirigían a constatar una denuncia. Era divertido, según él. Minki, por supuesto, pensaba lo contrario.

Apagó el motor y la melodía se acabó. Eran las diez de la noche.

—Que sea algo sencillo, por favor —pidió en voz baja su compañero. Jong Sungguk tenía los ojos rojos debido al sueño y al largo turno que todavía no finalizaba. Los días festivos siempre eran caóticos.

—Esperemos —contestó.

Los antecedentes recopilados por la telefonista de la policía se reducían a una denuncia por ruidos molestos. Considerando que era un barrio residencial antiguo, donde las viviendas estaban pegadas unas a otras, la llamada posiblemente la habría realizado una persona mayor fastidiada por su bullicioso vecino.

Tras quitarse el cinturón de seguridad, Sungguk lo imitó con movimientos torpes. Como no coordinaba bien manos y piernas, Minki fue quien enfiló primero hacia la casa. Un hombre mayor examinaba la calle desde la vivienda contigua, pero cerró la puerta al verlos. Debía ser el denunciante anónimo.

Con la lluvia empapando su chaqueta y deslizándose por la visera del gorro, Minki se detuvo llegando a la puerta. La muralla

divisoria, que marcaba el inicio del predio, no era muy alta. Al ser un barrio viejo que se había modernizado, aún destacaban un par de casas que mantenían la arquitectura original de cemento, ladrillo, madera y tejado de zinc; el resto ya había sido convertida en edificios residenciales de no más de cinco pisos de altura. Era un terreno pequeño, que explicaba en parte por qué todavía no había sido adquirido por alguna inmobiliaria.

En cuanto a la vivienda denunciada, parecía pintada recientemente. El vecino de la derecha, en tanto, había hecho una renovación completa. La residencia, que ahora presentaba una estructura moderna de cemento blanco, desencajaba entre los edificios residenciales del barrio.

Cuando Sungguk llegó a su lado acomodándose la gorra para evitar empaparse el rostro, lo detuvo con el brazo antes de que tocara la puerta. A un costado de la entrada, se divisaban unos pizarreños desacomodados.

—Ponte los guantes —pidió.

—¿Viste algo? —cuestionó Sungguk, a la vez que regresaba a la patrulla y sacaba una caja de guantes desechables. Se puso un par azul y le tendió otro a él. Minki iba a decirle que cerrase bien la puerta, pero se distrajo al apuntarle la pared que finalizaba en una techumbre gris.

—Esas tejas están rotas.

—Nada indica que fueron quebradas hoy —tras soltar aquello, Sungguk se percató del pedazo de zinc caído a un costado de la calle. Dio un largo suspiro—. Tomaste este caso a propósito, ¿cierto? Todo porque tu marido está también de turno y te da tristeza dormir sin él.

Minki volteó la mirada mientras se colocaba los guantes.

—No es mi marido.

—Prometido —se burló su amigo.

—¿Quieres morir? —lo amenazó sin mucho éxito.

Llegó a sus oídos la risa ronca de Sungguk junto a su respuesta:

—Algún día.

—Primero me lo tiene que pedir —contestó de forma cortante—. Y nadie asegura que le vaya a decir que sí.

Con un bufido, Sungguk llamó a la puerta antes de continuar.

—Finjamos que existe esa posibilidad considerando tu obsesión con él.

—Quiero que sepas que amo a Jaebyu...

—No lo había notado entre las trecientas veinte veces que lo mencionas por día.

Minki lo apuntó en advertencia.

—Como decía, lo amo, pero eso no significa que esté obsesionado con él.

—Claro —se mofó Sungguk—. En fin, no sé por qué te seguí cuando decidiste venir hasta acá.

—Éramos los únicos en la estación, idiota.

Ese día comenzaba *Chuseok*. Y como en cada festividad, en el cuartel de policías habían elegido de forma muy justa a quiénes les tocaría turno: jugando piedra, papel o tijera. Y como siempre ocurría, el dúo perdió. Minki tenía la ligera —y también irritante— sospecha de que sus compañeros estaban confabulados en su contra. Alguien en la comisaría debía estar haciendo algún tipo de trampa, porque de lo contrario era imposible que llevasen más de seis años perdiendo. No podían ser tan malos escogiendo el palito más corto, el papel con la marca, el número aleatorio en Excel o jugando a piedra, papel o tijeras.

Tras golpear una tercera vez sin recibir respuesta, Minki se rindió.

—Sungguk, ¿podrías comunicarte con la central para que averigüen si este domicilio ha recibido más denuncias?

Para molestarlo, Sungguk se llevó la mano a la frente imitando a un militar.

—¿Pregunto algo más, oficial Lee?

—Si tienen algún número al que llamar.

Mientras su amigo volvía al carro patrulla para hablar con la central, Minki tocó una cuarta vez.

Y esperó.

Esperó tanto que incluso le dio tiempo a Sungguk para regresar.

—Viven dos personas, de nombre Ryu Dan y Park Siu. El domicilio tiene varias denuncias —informó deteniéndose a unos pasos—. Todas de Mo Junho, el vecino, y casi todas por el mismo motivo.

—¿Ruidos molestos?

—Se queja de una televisión muy fuerte.

—¿Y hemos descubierto algo?

—Han probado con subir el volumen al máximo, pero desde la casa del vecino apenas se escucha un murmullo —su amigo se quedó meditabundo. Analizaba la casa contigua con la mirada empequeñecida—. Ahora que lo recuerdo, una vez me tocó venir aquí a constatar una denuncia.

Minki frunció el ceño.

—No lo recuerdo.

—Estabas con licencia —le aclaró—. Vine con Eunjin. Reclamaba que un gato le había robado un pollo. Pero —apuntó la puerta todavía cerrada para indicarle que se refería a ellos— no tienen mascotas. Nunca han tenido.

—¿Por qué siempre nos meten en discusiones tontas de vecindad? —alcanzó a decir Minki antes de que fuera interrumpido por el ruido de una cerradura digital. Entonces, la puerta de la casa de al lado se abrió y salió el hombre mayor que vio antes. Parecía haberse levantado de la cama exclusivamente para hablar con ellos, ya que vestía un pijama a rayas bajo la chaqueta. Como no se había molestado en sacar un paraguas, se cubría la cabeza con un periódico.

Tampoco es que le fuera muy necesario, creyó Minki, porque apenas tenía dos motas de cabello gris sobre las orejas. No le costaría secarse si la lluvia lo empapaba.

—Buenas noches, somos el oficial Jong y mi compañero es el oficial Lee —saludó Sungguk con tono cordial—. Estamos haciendo una inspección de rutina en el barrio debido a una denuncia.

El hombre chasqueó la lengua.

—Ya se callaron. Llegaron tarde, como siempre. Espero que algún día lleguen a tiempo.

Durante toda la infancia y adolescencia de Minki, la policía había llegado tarde a su domicilio. Al parecer no era el único que tenía el mismo problema.

Antes de que alcanzara a cerrar la puerta, Minki se le acercó.

—Señor, disculpe. ¿Nos podría compartir sus datos personales?

—Mi nombre es Mo Junho.

Así que era, efectivamente, el vecino de las denuncias.

—Señor Mo, ¿nos podría entregar más información sobre su reclamo? De lo contrario no podremos cerrar el caso.

Con un bufido de molestia, que le hizo ladear el periódico, y por ende mojar su cabeza, el vecino se encogió de hombros.

—Se escucha el ruido de una televisión.

—¿Algo más?

—¿Algo más? ¿A qué se refiere con «algo más»?

—Gritos, por ejemplo —contestó Minki con paciencia.

—¿Por qué habría gritos? —frunció las cejas—. Mi queja es sobre una televisión muy fuerte, no hablé de gritos.

—Hay pizarreños rotos —explicó Minki tras recibir una mirada de Sungguk.

—No sé nada de eso. Mi queja es por la televisión —insistió el hombre. El periódico ya se había empapado por completo, ahora las hojas se desarmaban sobre su cabeza—. ¿Esto es un interrogatorio, oficial? Porque si no lo es, entonces tengan el favor de autorizar mi retiro.

—Señor Mo, un momento —su amigo se le acercó unos pasos—. Dado que existió un reclamo por ruidos molestos y hemos

encontrado el tejado roto, nos preocupa el bienestar de su vecino. Son preguntas rutinarias.

El vecino bajó la voz y justificó su actuar con una simple oración:

—¿Bienestar? No se preocupen por él, es uno de *esos* monstruos.

Monstruos.

Minki había escuchado esa palabra durante gran parte de su vida.

Monstruos.

Su abuela había clasificado a los monstruos bajo su cama y a los que se querían meter en ella. También le había hablado de *esos* otros monstruos.

Se preguntó si las criaturas de ese hombre eran las mismas de su abuela. A *esa* clase de monstruosidades que el propio Minki pertenecía. *Esas aberraciones*, como le recordó ella las pocas veces que la vio.

Intentó no pensar en ello, estaba trabajando. Había hecho un juramento de proteger a todas las personas, incluso a aquellas que lo odiaban por ser lo que era. Así que, al percatarse de que Sungguk iba a moverse, levantó su brazo por delante de él.

El señor Mo observó a su amigo, luego a él. Su atención se quedó a la altura de su cinturón, como si intentase descubrir lo que escondía debajo de la ropa. Tras ello, arrojó el diario al suelo y sujetó la manilla.

—Dije todo lo que sabía. Buenas noches.

Sin darles tiempo para detenerlo, cerró la puerta. La noche parecía muda, el silencio apenas se interrumpió con el sonido del bloqueo del cerrojo.

Frustrado, Sungguk se quitó la gorra para sacudirla y se la colocó de inmediato. La lluvia se puso más intensa. Ahora las gotas salpicaban en los charcos y mojaban la parte baja de sus pantalones.

—¿Por qué siempre durante los días lluviosos ocurren los casos más extraños? —cuestionó Sungguk, mientras volvían a la casa misteriosa y golpeaba por quinta vez.

—No van a abrir —aseguró Minki.

Su vista estaba centrada en los pizarreños quebrados.

Como era una avenida de un sentido y sin vereda, con el coche patrulla ya estaban obstaculizando la pista. Para no destruir posibles evidencias, Minki le pidió que retrocediera y diera la vuelta en otra parte a un automóvil que se acercaba.

—Sé lo que quieres hacer —divagó Sungguk. Se había sentado de copiloto. Mantenía la puerta entreabierta para conversar con él—. Y te recuerdo que eso es invasión de morada.

—Lo dices como si fuésemos novatos.

—Dejé de ser rudo y malote —se burló Sungguk de sí mismo—, ahora soy un *bad boy, bad boy*.

Minki puso los ojos en blanco.

—Espero impaciente el día que te canses de esa canción.

—Eso no pasará, hazte a la idea.

Como se había distraído, Minki le hizo un gesto hacia la casa.

—¿Y? ¿Qué dices?

—Soy un padre preocupado que no puede ser amonestado, de lo contrario me amarrarán a una oficina y eso consume mi alma. Y no quieres que Daehyun se quede sin mí.

—También soy un padre preocupado —protestó Minki, su vista fue otra vez hacia la casa. Tenía la cadera apoyada contra el automóvil, por lo que podía sentir la humedad colándose entre las capas de ropa—. ¿Pero no eras un *bad boy*? Seguir las leyes no te convierte en uno.

Escuchó que su amigo tamborileaba el plástico de la puerta, sus uñas raspaban la zona. La lluvia continuaba sin dar tregua. Supo que Sungguk se había rendido a su idea al oírlo soltar un gruñido.

—Lo haré si ambos fingimos demencia y no lo registramos en la ficha de inspección.

—¿Escalas tú o yo? —propuso Minki.

Sungguk clavó la mirada en su vientre.

—¿Para qué preguntas si sabes la respuesta? Lo haré yo.

Tras salir de la patrulla, Sungguk se metió otro par de guantes en el bolsillo. Ambos caminaron por el costado izquierdo de la muralla, para así no estropear el tejado de la derecha donde podría haber evidencia. A continuación, Minki posicionó una rodilla en el piso y dobló la otra pierna para improvisar un escalón. Cuando Sungguk se apoyó en su muslo para saltar y afirmarse de las tejas sobre el muro, ensució con barro su pantalón azul.

Los años como padre le estaban menguando el físico a su amigo, porque a este le costó mantener el equilibrio.

—La puerta de la casa está abierta —anunció Sungguk desde las alturas. Hubo una pequeña pausa donde Minki percibió que su postura se ponía rígida—. Pasó algo aquí.

—¿Qué ves?

Sungguk se quitó la gorra y la llevó al pecho, la lluvia le empapaba el cabello.

—Hay mucha sangre en la entrada.